

Terry Hayes

SOY PILGRIM



Traducción del inglés de
Cristina Martín Sanz

Título original: *I Am Pilgrim*

Ilustración de la cubierta: Shutterstock. Diseño de R. Shailer / TW

Copyright © Leonedo, Ltd., 2014

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-701-8

Depósito legal: B-15.042-2015

1ª edición, junio de 2015

Printed in Spain

Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

No existe un terror tan constante, tan esquivo a la hora de describirlo, como el que acosa a un espía que se encuentra en un país desconocido.

JOHN LE CARRÉ, *El espejo de los espías*

Por estas calles mezquinas tiene que andar un hombre que no es mezquino, que no está corrompido ni tiene miedo.

RAYMOND CHANDLER, *El simple arte de matar*

PRIMERA PARTE

1

Hay lugares que recordaré toda la vida: la Plaza Roja barrida por un viento cálido, el dormitorio de mi madre, ubicado en el lado malo de la carretera 8-Mile, los interminables jardines de un elegante hogar de adopción, un hombre aguardando para matarme en un grupo de ruinas conocido como el Teatro de la Muerte...

Sin embargo, nada está tan grabado a fuego en mi memoria como aquel hotelucho de Nueva York sin ascensor: cortinas raídas, muebles baratos, una mesa repleta de metanfetaminas y otras drogas... Junto a la cama, reposan un bolso de mujer, un tanga negro tan estrecho que parece hilo dental y un par de zapatos Jimmy Choo con tacones de quince centímetros. Al igual que su propietaria, allí parecen fuera de lugar. Ella está en el cuarto de baño, desnuda, con el cuello rajado, flotando boca abajo dentro de una bañera llena de ácido sulfúrico, el ingrediente activo de un producto para desatascar desagües que puede adquirirse en cualquier supermercado.

Hay docenas de botellas del producto —DrainBomb, se llama— desperdigadas por el suelo, ya vacías. Sin que nadie se fije en mí, empiezo a abrirme paso entre ellas con sumo cuidado. Todas llevan aún la etiqueta del precio, y observo que quien ha matado a esa mujer las compró en veinte tiendas diferentes con el fin de no despertar sospechas. Siempre he dicho que resulta difícil no admirar una buena planificación.

En la habitación reina el caos, el ruido es ensordecedor: las radios de la policía a todo volumen, los ayudantes del forense que

piden refuerzos a gritos, una hispana que llora. Incluso cuando la víctima no tiene ni un solo conocido en el mundo, por lo visto siempre hay alguien que llora en este tipo de escenas.

La joven de la bañera está irreconocible, los tres días que ha pasado sumergida en el ácido han destrozado sus facciones. Imagino que ése era el plan, porque quien la ha matado también se aseguró de hundirle las manos bajo el peso de sendos listines telefónicos. El ácido no sólo ha disuelto las huellas dactilares, sino también casi toda la estructura del metacarpo. A menos que los del equipo forense de la policía de Nueva York tengan suerte con la dentadura, van a pasarlas canutas intentando identificar a la fallecida.

En sitios como éste, donde uno tiene la sensación de que el mal continúa adherido a las paredes, la mente puede aventurarse por territorios extraños. La idea de una mujer joven sin rostro me recordó una antigua canción de Lennon/McCartney, una que hablaba de Eleanor Rigby, una mujer que guardaba su cara junto a la puerta de casa, dentro de un tarro. En mi cabeza, comencé a llamar Eleanor a la víctima. El equipo de especialistas en investigación del escenario del crimen aún tiene trabajo que hacer, pero aquí no hay nadie que no crea que a Eleanor la han asesinado en pleno acto sexual: el colchón medio retirado del canapé, las sábanas revueltas, un chorro color parduzco de sangre arterial ya semidescompuesta sobre la mesilla de noche... Los más pervertidos suponen que el asesino la degolló mientras todavía estaba dentro de ella. Y lo malo es que tal vez estén en lo cierto. Muriera como muriese, quienes siempre buscan el lado bueno de las cosas podrán encontrarlo también aquí: seguramente ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo... por lo menos hasta el último instante.

De eso debió de encargarse la meta, el cristal. Cuando llega al cerebro te pone tan cachondo, tan eufórico, que resulta imposible tener ningún presentimiento. Bajo su influencia, la única idea coherente que logran concebir la mayoría de las personas es la de buscar a alguien y follárselo a lo salvaje.

Junto a las dos papelinas vacías de cristal hay algo parecido a esos botecitos de champú que dan en los hoteles. No lleva ninguna marca y contiene un líquido transparente: GHB, supongo. Una sustancia que está causando furor en los rincones más oscuros de

internet, porque, utilizada en grandes dosis, ha ido sustituyendo al Rohypnol como droga favorita para las violaciones perpetradas con la ayuda de drogas. La mayoría de los locales donde ponen música están inundados de GHB; la gente se toma una cantidad mínima para contrarrestar los efectos del cristal, y de ese modo consigue mitigar un poco la paranoia que provoca la meta. Pero el GHB también tiene sus propios efectos secundarios: se pierden las inhibiciones y se disfruta de una experiencia sexual más intensa. En la calle, uno de los nombres por los que se lo conoce es «polvo fácil». Seguro que Eleanor, después de quitarse sus Jimmy Choo y su minifalda negra, fue un auténtico cohete del Cuatro de Julio.

Me abro paso entre los presentes —ninguno de ellos sabe quién soy, un desconocido que lleva una carísima chaqueta echada sobre el hombro y un montón de lastre en su pasado— y me detengo frente a la cama. Me aílo mentalmente del ruido y la imagino a ella encima, desnuda, montándolo a él. Tiene veintipocos años y un buen cuerpo, y supongo que estará en plena ebullición: el cóctel de drogas está empujándola hacia un orgasmo devorador, su temperatura corporal se eleva por el efecto de la meta, sus pechos hinchados rebotan como locos, su ritmo cardiorrespiratorio se dispara impulsado por la embestida de la pasión y de las drogas, y su respiración se vuelve entrecortada y jadeante; su lengua húmeda busca un alma gemela y se hunde ansiosa en la boca del otro... Está claro que hoy en día el sexo no es para las gallinas.

Los rótulos de neón de la ristra de bares que se ven por la ventana debieron de iluminar las mechas rubias del peinado que está de moda esta temporada, y arrancar destellos al reloj Panerai sumergible. Vale, es una falsificación, pero buena. Conozco a esta mujer. La conocemos todos, o por lo menos a esta clase de mujeres. Se las ve en la enorme tienda de Prada que acaba de abrirse en Milán, haciendo cola a la puerta de los locales del Soho, tomando café con leche desnatada en las cafeterías de moda de la avenida Montaigne... Son mujeres jóvenes que confunden la revista *People* con un periódico y creen que el símbolo japonés que llevan en la espalda es una señal de rebeldía.

Imagino la mano del asesino en su pecho, tocándole el anillo con adornos de pedrería que lleva en el pezón. Lo toma con los dedos y tira de él para atraer a la joven. Ella deja escapar un grito,

estimulada, porque ahora su cuerpo está hipersensible, sobre todo los pezones. Pero no le importa; si alguien quiere sexo duro, significa que le gustas de verdad. Encajada encima de él, con el cabecero de la cama golpeando sin piedad la pared, seguramente estaba mirando hacia la puerta principal... que por supuesto estaría cerrada con llave y con la cadena de seguridad echada. En este vecindario eso es lo mínimo que uno puede hacer.

Al fondo hay un diagrama que indica la ruta que debe seguirse en caso de evacuación. Está en un hotel, pero ahí termina cualquier posible parecido con el Ritz-Carlton. Se llama Eastside Inn, y es hogar de nómadas, mochileros, desequilibrados y todo aquel que tenga veinte pavos para pasar la noche. Uno puede quedarse todo el tiempo que quiera: un día, un mes, el resto de su vida; sólo piden dos documentos de identidad, uno de ellos con foto.

El individuo que se había instalado en la habitación 89 llevaba ya un tiempo allí, porque encima del mueble escritorio hay un paquete de seis cervezas, junto con cuatro botellas medio vacías de licores fuertes y un par de cajas de cereales para el desayuno. Sobre una mesilla de noche descansan un estéreo y unos cuantos CD. Les echo un vistazo y veo que el tipo tenía buen gusto para la música, eso por lo menos hay que reconocérselo. Sin embargo, el armario está vacío. Por lo visto, la ropa fue casi lo único que se llevó consigo cuando se fue y dejó el cadáver licuándose en la bañera. En el fondo del armario hay un montón de basura: periódicos viejos, una lata vacía de insecticida para cucarachas, un calendario de pared con manchas de café... Lo cojo y observo que cada página contiene una fotografía en blanco y negro de una ruina de la Antigüedad: el Coliseo, un templo griego, la Biblioteca de Celso vista de noche... Así que se trata de un amante del arte. Sin embargo, las páginas están vacías, no hay ninguna cita anotada en ninguna de ellas. Da la impresión de que nunca se ha usado, salvo quizá como mantelito para el café, así que lo echo de nuevo al montón.

Me vuelvo y, sin pensarlo, en realidad llevado por la fuerza de la costumbre, paso la mano por encima de la mesilla de noche. Qué raro, no hay polvo. Hago lo mismo en el escritorio, el cabecero de la cama y el equipo de música, y obtengo el mismo resultado. El asesino lo ha limpiado todo para eliminar sus huellas. No es que eso sea excepcional, pero de pronto percibo un olor característico,

me llevo los dedos a la nariz y entonces todo cambia: el residuo que acabo de oler corresponde a un aerosol antiséptico que se utiliza en los hospitales, en cuidados intensivos, para combatir las infecciones. No sólo mata las bacterias sino que, además, como efecto secundario, destruye el ADN que pueda haber en el sudor, en la piel o en el cabello. Al rociar con él todo lo que hay en la habitación, y también la moqueta y las paredes, el asesino se ha asegurado de que la policía no tenga necesidad de molestarse en ordenar a los forenses que pasen la aspiradora.

Con una súbita nitidez, me doy cuenta de que esto es cualquier cosa menos un homicidio convencional motivado por el dinero, las drogas o la gratificación sexual. No es un simple asesinato, sino un crimen ciertamente extraordinario.

2

No todo el mundo lo sabe, y tal vez a nadie le importe, pero la primera ley de la ciencia forense es el Principio de Intercambio de Locard, y dice así: «Todo contacto entre un perpetrador y el escenario de un crimen deja un rastro.» De pie en esta habitación, rodeado de decenas de voces, me gustaría saber si el profesor Locard se topó alguna vez con algo parecido a la habitación 89, en la que todo lo que tocó el asesino se encuentra ahora sumergido en un baño de ácido, más limpio que una patena o empapado en un antiséptico industrial. Estoy seguro de que no queda de él ni una célula, ni un folículo.

Hace un año escribí un libro más bien desconocido para el público acerca de las técnicas de investigación modernas. En el capítulo titulado «Nuevas fronteras», decía que sólo una vez en mi vida había visto un caso en el que se hubiera utilizado un aerosol antibacteriano: en un golpe de alto nivel contra un agente de inteligencia de la República Checa. No era un caso que augurara nada bueno, y aún hoy continúa sin resolverse. Está claro que el individuo que se alojaba en la habitación 89 sabía lo que hacía, de modo que decido examinar la estancia con el respeto que merece.

No era una persona ordenada, y, entre el resto de la basura, descubro una caja de pizza vacía en el suelo, junto a la cama. Estoy a punto de pasar por encima de ella cuando, de pronto, reparo en que seguramente ahí es donde el asesino tenía el cuchillo: posado sobre la caja, fácil de alcanzar, tan lógico y natural que tal vez Eleanor ni siquiera se percató de que estaba allí.

La imagino sobre la cama, pasando la mano por debajo de las sábanas revueltas en busca de la entrepierna de su compañero. Lo besa en el cuello, en el pecho, y sigue bajando. Puede que él sepa lo que lo aguarda, puede que no: uno de los efectos secundarios del GHB es que anula el reflejo de las arcadas. No hay motivo para que una persona no pueda tragarse un cañón de dieciocho, veinte o veinticinco centímetros. Por eso uno de los lugares donde resulta más fácil comprarlo son las saunas gays. O los rodajes de películas porno.

Puedo imaginar al asesino agarrando a la chica. La tiende de espaldas y, acto seguido, le apoya las rodillas a ambos lados del pecho. Ella cree que se está colocando para acceder a su boca, pero seguramente, con total naturalidad, su mano derecha desciende por un costado de la cama. Sin ser visto, va palpando con los dedos la caja de pizza hasta que encuentra lo que está buscando. Frío al tacto, barato, pero, como es nuevo, está más que suficientemente afilado para cumplir con su cometido.

Cualquiera que estuviera observando la escena desde atrás vería que la chica arquea la espalda y deja escapar una especie de gemido: sin duda, él ha penetrado en su boca... Pero no ha sucedido eso. Los ojos de Eleanor, brillantes por el efecto de las drogas, se inundan de miedo. La mano izquierda del asesino le ha tapado la boca y le ha empujado la cabeza hacia atrás para dejar la garganta al descubierto. Ella se debate y forcejea, intenta defenderse empleando los brazos, pero el asesino ya ha previsto esa reacción y, a caballo sobre sus senos, hace fuerza con las rodillas para inmovilizarlos. ¿Que cómo sé yo todo esto? Por los dos ligeros hematomas que presenta el cuerpo sumergido en la bañera. Eleanor no puede hacer nada. De pronto, aparece en su campo visual la mano derecha de su asesino. La ve e intenta gritar, convulsiona violentamente, lucha por liberarse. Los dientes de acero del cuchillo de pizza relampaguean al pasar por encima de su pecho en dirección a la blanca piel del cuello y trazan un tajo profundo...

El chorro de sangre salpica la mesilla de noche. Al seccionar una de las arterias que suministran sangre al cerebro, todo termina en pocos instantes. Eleanor se derrumba, emite un gorgoteo, se desangra. Los últimos vestigios de conciencia le permiten comprender que acaba de presenciar su propio asesinato; todo cuanto

ha sido hasta ahora y cuanto esperaba ser en el futuro se ha esfumado. Así es como ha actuado el asesino. Por tanto, no estaba dentro de ella cuando la mató... Una vez más, supongo que hay que dar gracias a Dios por los pequeños detalles como éste.

El asesino se va a preparar el baño de ácido, y por el camino se quita la camisa blanca y manchada de sangre que debía de llevar puesta; han hallado fragmentos de ella en la bañera, bajo el cuerpo de Eleanor, junto con el cuchillo. La hoja mide diez centímetros de largo y tiene el mango de plástico negro, es de los que se fabrican por millones en algún taller clandestino de China.

Como todavía le estoy dando vueltas a esa vívida reconstrucción mental de lo sucedido, apenas reparo en que alguien me ha tocado en el hombro. De inmediato le aparto la mano, dispuesto a romperle el brazo al momento; un eco de una vida anterior, supongo. Tengo miedo. Se trata de un tipo que, tras pedirme disculpas brevemente y mirarme con un gesto de extrañeza, intenta que me haga a un lado. Es el jefe de uno de los equipos forenses, formado por tres hombres y una mujer, que está colocando las lámparas de luz ultravioleta y los platos de tinte Fast Blue B que van a utilizar para buscar manchas de semen en el colchón. Aún no han descubierto lo del antiséptico, y no pienso decírselo; que yo sepa, el asesino se dejó una parte de la cama. Si así fue, dada la categoría del Eastside Inn, calculo que obtendrán varios miles de positivos que se remontarán a la época de cuando las putas usaban medias.

Me aparto, pero estoy profundamente abstraído; intento aislarme de todo porque en la habitación, en toda esta situación, hay algo que me intriga. Aún no sé qué es exactamente, pero hay una parte de la escena que no encaja, y tampoco sabría decir por qué. Miro a mi alrededor para hacer inventario de nuevo de lo que voy viendo, pero no logro dar con ello. Sin embargo, tengo la sensación de que se refiere a algo que ha sucedido esta misma noche. Retrocedo mentalmente, rebobino hasta el momento en que entré en esta habitación.

¿Qué era? Rebusco en mi subconsciente intentando recuperar la primera impresión que tuve al entrar aquí... Se trataba de algo que no tenía nada que ver con la violencia, un detalle menor pero que resultaba enormemente significativo. Si por lo menos

pudiera tocarlo... Fue como una sensación... como... como cuando se tiene una palabra en la punta de la lengua. Recuerdo que en mi libro escribí que son las suposiciones, las suposiciones que no se cuestionan, las que nos hacen tropezar siempre... y de pronto lo recuerdo.

Cuando entré, vi el paquete de seis cervezas sobre el mueble escritorio, encontré un cartón de leche en la nevera, leí los títulos de varios DVD que había junto al televisor y me fijé en la bolsa que protegía el cubo de la basura. Y la impresión —la palabra— que me vino a la mente en aquel momento, pero no llegó a mi nivel consciente, fue «femenino». Había acertado con todo lo que había ocurrido en la habitación 89, salvo en lo más importante. Quien se alojaba aquí no era un hombre joven; quien había estado practicando sexo con Eleanor y acabó rajándole el cuello no era un listo hijo de puta que le borró las facciones de la cara con ácido y empapó la habitación con un aerosol antiséptico.

Era una mujer.

3

A lo largo de mi carrera he conocido a muchas personas poderosas, pero sólo me he tropezado con una que poseyera verdadera autoridad innata, uno de esos individuos que son capaces de hacerte callar con tan sólo emitir un susurro. En este momento cruza el pasillo, viene hacia mí, advirtiéndoles a los del equipo forense que deberán esperar, porque los bomberos quieren cerciorarse de que el ácido ya ha dejado de hacer efecto, para que nadie sufra una quemadura.

—Pero no os quitéis los guantes —les aconseja—. Luego, a la salida, podréis hacerle un examen de próstata gratis al compañero.

Todos le ríen la broma, excepto los forenses.

El de la voz es Ben Bradley, el teniente de homicidios responsable del escenario del crimen. Ha estado hasta ahora en el despacho del encargado, tratando de localizar al cabrón que dirige este garito. Es un hombre alto —Bradley, no el cabrón—, de cincuenta y pocos años, manos grandes y vaqueros Industry con el dobladillo vuelto hacia arriba. Su mujer lo convenció no hace mucho para que se los comprara, en un vano intento de que actualizara un poco su imagen, pero —según él— en lugar de eso le dan el aire de un personaje sacado de las novelas de Steinbeck, un refugiado moderno llegado del desierto.

Al igual que a todos los habituales de estos circos del crimen, le hacen poca gracia los especialistas forenses. En primer lugar, porque cuando se subcontrató este servicio, hace ya varios años, empezaron a aparecer tíos demasiado bien pagados, como éstos,

vestidos con monos de un blanco immaculado y con un rótulo en la espalda que decía «Servicios Forenses Biológicos». En segundo lugar, y eso fue lo que en realidad terminó sacándolo de quicio, por las dos series televisivas, de gran éxito, en las que se mostraba el trabajo que realizaban los forenses: eso provocó un insufrible brote del síndrome del famoso en todos los que se dedicaban a ello.

—Dios —se había quejado recientemente—, ¿es que no hay nadie en este país que no sueñe con salir en un *reality*?

Mientras observa cómo las futuras estrellas de la televisión guardan sus trastos en los maletines, repara en mi presencia. Estoy de pie, en silencio, apoyado en la pared, simplemente observando, lo mismo que llevo haciendo media vida. Hace caso omiso de la gente que intenta acaparar su atención y se dirige hacia mí. No nos estrechamos la mano, no sé por qué, simplemente no es nuestro estilo. Ni siquiera estoy seguro de que seamos amigos, y además nunca me han ido esos convencionalismos, de modo que no soy el más indicado para criticar. En cambio, nos respetamos, aunque tampoco tengo claro que eso sirva de algo.

—Gracias por venir —me dice.

Hago un gesto de asentimiento y observo sus vaqueros de dobladillo vuelto y sus botas de trabajo negras, ideales para abrirse paso entre la sangre y la mierda del escenario de un crimen.

—¿En qué has venido, en tractor? —le pregunto.

No se ríe, Ben se ríe en muy raras ocasiones; es el tío más impasible con el que me he topado. Lo cual no quiere decir que no sea gracioso.

—¿Has podido echar un vistazo a la escena, Ramón? —me pregunta en voz baja.

Yo no me llamo Ramón, y él lo sabe de sobra. Pero también sabe que hasta hace poco era miembro de una de las agencias de inteligencia más secretas de nuestro país, así que imagino que está refiriéndose a Ramón García, el agente del FBI que se tomó infinitas molestias para ocultar su identidad mientras vendía los secretos de nuestra nación a los rusos... y luego dejó sus huellas en todas las bolsas de basura de Hefty que utilizaba para entregar los documentos robados. Ramón era, casi con toda seguridad, el operativo encubierto más incompetente de la historia. Como digo, Ben es muy gracioso.

—Sí, algo he visto —le respondo—. ¿Qué tenéis de la mujer que vivía en este antro? Porque es la principal sospechosa, ¿no?

Ben sabe disimular muchas cosas, pero sus ojos no son capaces de enmascarar una expresión de sorpresa. ¡¿Una mujer?!

«Excelente», pienso. Ramón ataca de nuevo. Aun así, Bradley encaja el golpe con indiferencia.

—Eso es interesante, Ramón —dice, intentando averiguar si de verdad estoy sobre la pista de algo o simplemente estoy rizando el rizo para hacerme notar—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

Le señalo el paquete de cervezas que hay sobre el mueble escritorio y la leche de la nevera.

—¿Qué tío haría algo así? Cualquier hombre mantendría fría la cerveza y dejaría que la leche se estropease. Y fíjate en los DVD, son todos de comedias románticas, ni una sola película de acción. ¿Te apetece pasear un poco? —le pregunto sin esperar respuesta—. Averigua cuántos tíos hay en este antro que protejan el cubo de basura con una bolsa de plástico. Esas cosas las hacen las mujeres, Bradley, en este caso una que no pega nada en este sitio, más allá del papel que estuviera representando.

Ben sopesa lo que acabo de decirle sosteniéndome la mirada, pero me es imposible distinguir si considera mi lógica acertada. Antes de que pueda preguntárselo, por detrás de los equipos de descontaminación de sustancias peligrosas que utilizan los bomberos aparecen dos detectives jóvenes —una mujer y su compañero— y se detienen bruscamente delante de Bradley.

—¡Tenemos algo, Ben! —dice la mujer—. Tiene que ver con la persona que ocupaba...

Bradley asiente con gesto tranquilo.

—Sí, es una mujer. Decidme algo que no sepa. ¿Qué pasa con ella?

Imagino que, en efecto, ha dado por ciertas mis suposiciones. Los dos policías se quedan mirándolo sin saber cómo demonios lo ha averiguado. Mañana, la leyenda de su jefe se habrá extendido todavía más. ¿Y yo? Yo creo que este tipo no tiene vergüenza; ¿va a atribuirse todo el mérito sin pestañear? Me echo a reír.

Bradley me mira y, por un instante, tengo la sensación de que va a echarse a reír también, pero es una esperanza vana. Sin embar-

go, sus soñolientos ojos parecen lanzarme un guiño cuando vuelve a centrar la atención en los dos detectives.

—¿Cómo habéis descubierto que se trata de una mujer? —les pregunta.

—Nos hemos hecho con el registro del hotel y con las fichas de todas las habitaciones —contesta el detective, de nombre Connor Norris.

De pronto, Bradley parece sorprendido.

—¿Os lo ha dado el encargado? ¿Habéis encontrado a ese cabrón? ¿Habéis conseguido que os abriera el despacho?

Norris niega con la cabeza.

—Hay contra él cuatro órdenes de búsqueda y captura por drogas, probablemente estará ya a mitad de camino de México. No, ha sido Álvarez. —Señala a su compañera—. En el piso de arriba vive un tipo al que buscan por allanamiento, y Álvarez lo ha reconocido. —Se vuelve hacia la detective, sin saber muy bien si debe contar más.

Álvarez se encoge de hombros, confía en que la cosa salga bien y se sincera:

—Le he ofrecido la posibilidad de librarse del calabozo si forzaba la cerradura del despacho del encargado y de la caja fuerte.

Mira a Bradley, nerviosa, preguntándose cuántos problemas va a traerle eso. Pero el semblante de su jefe no deja traslucir nada, y su tono de voz baja todavía un poco más y se suaviza:

—¿Y bien?

—En total han sido ocho cerraduras, y las ha forzado en menos de un minuto —responde Álvarez—. No me extraña que en esta ciudad no haya ningún lugar seguro.

—¿Qué había en la ficha de la mujer? —pregunta Bradley.

—Recibos. Llevaba viviendo aquí poco más de un año —dice su compañero—. Pagaba en efectivo y no tenía conexión de teléfono, ni televisión, ni cable, nada. Está claro que no quería que la localizasen.

Bradley asiente. Eso es exactamente lo que estaba pensando él.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio algún vecino?

—Hace tres o cuatro días, nadie está seguro —contesta Norris.

—Supongo que desaparecería justo después de asesinar a la chica —murmura Bradley—. ¿Y qué se sabe de su identidad? En su ficha debía de haber algo.

Álvarez repasa sus apuntes.

—Había fotocopias de un permiso de conducir de Florida y un carnet de estudiante o algo así, pero sin foto. Estoy segura de que eran auténticos.

—Comprobadlo de todos modos —les dice Bradley.

—Se los hemos dado a Petersen —contesta Norris, refiriéndose a otro joven detective—. Ya está en ello.

Bradley acepta con un gesto.

—¿Ese ladrón, o algún otro vecino, conoce a la sospechosa, sabe algo de ella?

Ambos niegan con la cabeza.

—Nadie. Sólo la veían entrar y salir —comenta Norris—. Según el ladrón, tenía veintipocos años, medía como un metro setenta y tenía un cuerpo espectacular...

Bradley pone los ojos en blanco.

—Para el nivel de exigencia de ese tío, seguramente eso quiere decir que tenía dos piernas.

Norris sonríe, pero Álvarez no; ojalá Bradley le dijera algo acerca del pacto que ha hecho con el ladrón. Si va a reprenderla o dar el asunto por terminado. Pero tiene que seguir participando, seguir siendo profesional:

—Según una supuesta actriz que vive en la ciento catorce, cambiaba continuamente de aspecto físico. Un día era Marilyn Monroe, y al siguiente era Marilyn Manson, y a veces era las dos Marilyn en un mismo día. También imitaba a Drew y a Britney, a Dame Edna, a k. d. lang...

—¿Hablas en serio? —la interrumpe Bradley. Los dos detectives asienten con la cabeza y sueltan varios nombres más, a modo de demostración—. Estoy deseando ver ese retrato robot —dice, comprendiendo que están cerrándose todas las vías de investigación habituales en un asesinato—. ¿Algo más?

Ellos niegan con un gesto, ya han terminado.

—Será mejor que toméis declaración a esos pirados, o por lo menos a los que no tengan encima una orden de detención, que seguramente no serán más de tres.

Bradley los despide. A continuación se vuelve hacia mí y empieza a hablar de un tema que lo inquieta mucho desde hace rato.

—¿Habías visto alguna vez algo así? —me pregunta al tiempo que se pone unos guantes de plástico y saca una caja metálica que hay en un estante del armario.

Es de color caqui, por eso yo no la había visto siquiera. Antes de abrirla, sin embargo, Bradley se vuelve un momento hacia Norris y Álvarez. Los dos se dirigen hacia la salida, abriéndose paso entre los bomberos, que ya están recogiendo el equipo.

—Eh, muchachos —los llama. Ellos se vuelven y lo miran—. Eso del allanador, lo del ladrón, ha estado muy bien.

Vemos la expresión de alivio en el rostro de Álvarez, luego ambos levantan la mano en señal de que han recibido el mensaje y sonríen. No me extraña que los de su equipo lo adoren.

Miro de nuevo la caja metálica. Al observarla más de cerca, me doy cuenta de que se trata más bien de un maletín que lleva un número de serie grabado en el costado, en letras blancas. Obviamente es militar, pero sólo tengo un vago recuerdo de haber visto alguna vez uno parecido.

—¿Es un equipo quirúrgico de campaña? —aventuro sin mucha convicción.

—Caliente —me contesta Bradley—. Es un equipo de dentista.

Cuando abre la caja aparece, sujeto entre gomaespuma, un juego completo de instrumentos dentales del Ejército; separadores, sondas, fórceps de extracción...

Me quedo mirándolo y le pregunto:

—¿Le arrancó algún diente a la víctima?

—Todos. No hemos encontrado ninguno, así que imagino que debió de tirarlos en algún sitio, a lo mejor a la taza del váter, y en ese caso tendríamos suerte, por eso estamos desmontando las tuberías.

—¿Los dientes se los arrancó antes o después de matarla?

Ben se da cuenta de adónde quiero ir a parar.

—No, no la torturó. El forense asegura que se los sacaron después de matarla, para impedir que la identificasen. Por eso te he pedido que te pasaras por aquí; me acordé de que en tu libro decías

no sé qué de un equipo dental casero y un asesinato. Si sucedió en Estados Unidos, abrigué la esperanza de que pudiera haber una...

—No existe relación alguna, aquello pasó en Suecia —digo—. Un individuo utilizó un martillo quirúrgico para romperle a la víctima la dentadura postiza y la mandíbula, con el mismo objetivo, supongo. Pero ¿el fórceps? Nunca había visto nada igual.

—Pues ahora ya lo hemos visto los dos —contesta Ben.

—Muy estimulante —comento—. Me refiero al avance imparable de la civilización.

Dejando a un lado mi pérdida de fe en la humanidad, he de decir que me siento cada vez más impresionado por la asesina. No tuvo que ser nada fácil arrancar treinta y dos dientes a un cadáver. Estaba claro que la asesina había captado un concepto importante, un detalle que pasan por alto la mayoría de las personas que deciden dedicarse a esta profesión: a nadie lo han detenido jamás por haber cometido un asesinato, sino por no haber sabido planificarlo como Dios manda.

Señalo la caja metálica y pregunto:

—¿Dónde pueden conseguir uno de esos equipos los ciudadanos de a pie?

Ben se encoge de hombros.

—En cualquier sitio. Llamé a un tipo del Pentágono para que mirase en los archivos. Había un excedente de cuarenta mil unidades. En estos últimos años, el Ejército ha ido deshaciéndose de ellos a través de tiendas que venden material de acampada. Les seguiremos el rastro, pero dudo que por ese camino vayamos a encontrar nada. No estoy seguro de que cualquier persona pueda...

Deja la frase sin terminar. Está perdido en un laberinto, recorre la habitación con la mirada, intentando encontrar una salida.

—No tengo un rostro —dice en un susurro—, ni dentadura, ni testigos. Y lo peor de todo, tampoco tengo un móvil. Tú conoces este negocio mejor que nadie: si te preguntase cómo lo resolverías, ¿qué probabilidades le calcularías?

—¿En este momento? Las mismas que las de ganar la lotería —respondo—. Nada más entrar aquí, lo primero que piensa cualquiera es que esto ha sido obra de un aficionado, otro caso de drogas o de sexo. Pero cuando te fijas un poco más... Sólo he visto un par de asesinatos casi tan bien perpetrados como éste.

A continuación, le cuento a Ben lo del aerosol antiséptico y, como es lógico, no le gusta nada enterarse de ese detalle.

—Gracias por darme ánimos —me dice.

Sin pensar, se frota el dedo pulgar con el índice, y deduzco, después de lo mucho que llevo observándolo, que tiene ganas de fumarse un cigarrillo. En una ocasión, me dijo que había dejado de fumar en los años noventa y que desde entonces debía de haber pensado por lo menos un millón de veces que fumarse un pitillo lo ayudaría. Obviamente, ésta era una de aquellas ocasiones. Para combatir el deseo de fumar, se pone a hablar:

—¿Sabes cuál es mi problema? Una vez me dijo Marcie —Marcie es su mujer— que me acerco demasiado a las víctimas, y termino imaginando que soy el único amigo que les queda.

—¿Su héroe? —sugiero yo.

—Ésa es exactamente la palabra que utilizó ella. Y hay una cosa que nunca he sido capaz de hacer, Marcie dice que tal vez sea lo único que le gusta de mí de verdad: jamás he podido dejar tirado a un amigo.

«El héroe de los muertos», pienso. Podría haber cosas peores. Ojalá pudiera hacer algo para ayudarlo, pero esta investigación no me corresponde a mí, y, además, aunque sólo tengo treinta y tantos años, ya estoy jubilado.

En ese momento entra un técnico a toda prisa, gritando con acento asiático:

—¿Ben? —Bradley se vuelve hacia él—. ¡En el sótano!